

Entrevista





Entrevista a Alfonso López Quintás sobre “Su método para formar en valores y pensamiento creativo”

Por Inés Riego de Moine

I. Riego: Usted promueve desde hace unos años, en España e Iberoamérica, un proyecto formativo denominado Escuela de Pensamiento y Creatividad. Hace unos años se creó en una gran universidad privada de México una “Cátedra de creatividad y valores” que lleva su nombre y en diversas universidades se están dando cursos en la línea de esta Escuela. Desde 2007 está impartiendo -con su equipo- en Internet tres cursos, al final de los cuales se concede el título de *Experto universitario en creatividad y valores*. ¿Cuál es su finalidad?

A. López Quintás: Como puede verse en la WEB www.escueladepensamientoycreatividad.org, la meta de estos cursos es ofrecer una formación adecuada al momento actual. Hoy necesitamos todos, pero de modo especial los niños y los jóvenes, aprender a pensar con rigor y vivir de modo creativo. A mi entender, la característica más preocupante de la sociedad actual es que no se piensa y no se habla de forma ajustada a las exigencias de las realidades a las que nos referimos. Si alguien dice, por ejemplo, que “la mujer *tiene* un cuerpo y debe gozar de libertad para *disponer* de él”, piensa y se expresa de forma totalmente inadecuada, falsa, contraria a la realidad del ser humano. En segundo lugar, se sigue pensando que la creatividad es exclusiva de los genios. No se sabe con precisión que todos podemos y debemos ser eminentemente creativos en

nuestra vida diaria. Al darnos cuenta de esto, revalorizamos nuestra vida y ganamos una valiosa autoestima.

I.R.: ¿Con qué método intenta lograr esta meta, que es a primera vista sumamente sugestiva?

A.L.Q.: Estoy convencido, después de una larga experiencia, que en el momento actual lo que procede no es tanto “enseñar” a niños y jóvenes lo que deben llegar a ser sino ayudarles a que “descubran” ellos por sí mismos las leyes de su crecimiento personal, la función que desempeñan en su vida los valores, cuál es el auténtico ideal de su vida. Este descubrimiento se realiza en doce fases. Los niños y los jóvenes que las sigan adquieren un gran poder de discernimiento para distinguir lo que los construye y lo que los destruye.

I.R.: Esa labor de descubrimiento tiene que realizarse, por definición, a través de diversas experiencias...

A.L.Q.: Justo. Lo primero es vivir ciertas experiencias, e inmediatamente reflexionar sobre su articulación interna. Por eso en mis libros y cursos analizo e invito a analizar experiencias de la vida diaria, textos de grandes literatos, escenas de películas que penetran en el secreto de la vida humana. Estos análisis nos enseñan a pensar bien y vivir creativamente.

I.R.: Esto explica que a su trabajo como investigador de filosofía y como catedrático universitario y académico haya agregado usted una dedicación amplia al análisis literario y al estético...

A.L.Q.: Los grandes literatos y artistas son muy sensibles a lo valioso en todos los órdenes. Si se penetra en lo más hondo de sus obras, se descubre con asombro la grandeza que puede adquirir nuestra vida si somos fieles a nuestra vocación como personas. He intentado mostrar en mis libros que cada obra literaria o cinematográfica o artística de calidad puede ser una

espléndida lección de ética si la vivimos con una inteligencia que tenga las tres cualidades propias de la madurez: largo alcance, amplitud y profundidad. El arte, la literatura y el cine, bien entendidos y vividos, poseen un valor formativo inagotable, y es una lástima que se los reduzca a meros bienes de consumo.

I.R.: Usted dedica amplio espacio en varios libros a analizar grandes figuras del arte, como Bach y Beethoven, y notables obras literarias, como *Esperando a Godot*, de Beckett, *Yerma*, de García Lorca, *San Manuel Bueno, mártir*, de Unamuno. Este tipo de arte y de literatura ¿puede ayudarnos a crecer como personas?

A.L.Q.: Sin la menor duda, porque, si ahondamos en las obras artísticas y literarias de calidad, descubrimos en ellas un poder formativo sorprendente. Cada día veo con más claridad que los grandes literatos y artistas tienen una singular capacidad para intuir y plasmar en sus obras de forma impresionante los procesos espirituales que construyen nuestra personalidad y los que la destruyen. Al descubrir, bajo el argumento de *La tragedia de Macbeth* de Shakespeare, las cinco fases del temible proceso de vértigo -vértigo, en este caso, de la ambición de poder-, nos sentimos invitados a cambiar el ideal del dominio por el ideal del respeto y la colaboración. Es una obra de argumento muy duro, pero en el fondo resulta aleccionadora porque nos da una clave muy lúcida de orientación para la vida.

I.R.: Sería muy conveniente que nos explicara, brevemente, en qué consisten los procesos de vértigo y de éxtasis, a cuyo estudio consagró usted varios libros...

A.L.Q.: *Vértigo* implica fascinación; *éxtasis* supone creatividad. Si soy egoísta y veo una realidad, por ejemplo una persona, que me promete grandes satisfacciones para mí, tiendo a dominarla para ponerla a mi servicio, como si fuera un mero objeto. Eso es un acto de violencia porque la persona pertenece al *nivel 2*, y los objetos al *nivel 1*. En el *nivel 2* se hallan las re-

alidades que son abiertas, porque nos ofrecen posibilidades para actuar de modo creativo; por ejemplo, una partitura musical, un instrumento, una persona... Pues bien, al dominar a esa persona, siento euforia, pero me condeno a no encontrarme con ella, porque con objetos no puede haber encuentro, que es una relación entre realidades abiertas, que se ofrecen mutuamente posibilidades para dar lugar a algo nuevo. Esa pérdida me produce decepción y tristeza, y más tarde angustia, desesperación y soledad destructiva. El proceso de éxtasis comienza con una actitud de generosidad. En vez de querer dominar la persona que me atrae por su valor, la respeto, la estimo, colaboro con ella; y el fruto de tal colaboración es el encuentro. El encuentro produce alegría, entusiasmo y felicidad, sentimiento que se manifiesta en paz, amparo y gozo festivo. Siempre que hay encuentro, hay fiesta. Como se ve, son dos procesos opuestos por su origen, su desarrollo y sus consecuencias. Sin embargo, hoy día se tiende a confundirlos, para que la juventud crea que, al lanzarse por el tobogán siniestro del vértigo, está subiendo, extáticamente, a lo mejor de sí mismo.

I.R.: Usted suele subrayar que el proceso de éxtasis implica creatividad. ¿Qué papel tienen la creatividad y la belleza en una existencia plena y feliz?

A.L.Q.: También aquí debemos aquilatar muy bien el sentido de los términos. Todos podemos ser eminentemente creativos en nuestra vida, no sólo los genios, como se viene creyendo desde el Romanticismo. Soy creativo cuando asumo activamente las posibilidades que se me ofrecen para dar lugar a algo nuevo valioso. Una partitura me ofrece ciertas posibilidades de conocer una obra musical y darle vida en un instrumento. Si lo hago, actúo creativamente. Una madre que acoge a su bebé con ternura y funda con él la "urdimbre afectiva" que -según los biólogos- es básica para su desarrollo personal es eminentemente creativa. La creatividad presenta muchas modalidades y confiere a nuestra vida una peculiar elevación.

Según los griegos -geniales en arte y en estética-, la belleza es fruto de la armonía. La armonía procede de la conjunción de la proporción y la medida. El Partenón y la Venus de Milo nos dan una impresión de armonía porque sus partes se hallan estrictamente proporcionadas entre sí y guardan relación con la figura del hombre, que es su "medida". Esta idea de la armonía es también un canon de la bondad, de la virtud considerada como el justo medio entre los extremos. La belleza es el peculiar resplandor que emite aquello que se halla bien configurado. Sabiamente decían los griegos y los latinos que la belleza es "el esplendor del orden, de la forma, de la realidad". Si sobrevolamos las mil y una formulaciones que se han dado de la belleza, podríamos muy bien afirmar que la contemplación de lo bello -lo bello artístico, lo bello moral...- nos eleva el ánimo hacia lo perfecto, y nos impulsa a dar el salto hacia lo trascendente, en todos los órdenes.

I.R.: A esta forma cuidadosa y penetrante de pensar, de analizar, de vivir se opone frontalmente la manipulación. ¿Responde a eso su interés por estudiar este tema?

A.L.Q.: Naturalmente. El manipulador, para dominar al pueblo de manera rápida, contundente, masiva y fácil, intenta corromper el lenguaje y desorientar las mentes. Y bien sabemos que la corrupción del hombre y de la sociedad comienza por la corrupción de los conceptos. De ahí mi interés porque todo niño y todo joven salgan de las aulas con un conocimiento preciso de lo que significa manipular, quién manipula, para qué lo hace y con qué medios. En diversos países, he podido comprobar que ellos lo agradecen sobremanera porque advierten que no pueden ser libres interiormente ni ser creativos en ningún aspecto si no conocen la estrategia de la manipulación -la comercial, la ideológica, la política...- y la neutralizan.

I.R.: ¿Por qué afirma usted que solemos configurar la vida sobre la base de ideas poco clarificadas?

A.L.Q.: Porque hay una tendencia generalizada a pensar con poco rigor. Con frecuencia se aplican a ciertas realidades términos que sólo son adecuados a realidades inferiores. Para justificar una ley pro abortista, cierto ministro de justicia afirmó, como algo obvio, lo siguiente: "*La mujer tiene un cuerpo y hay que darle libertad para que disponga de su cuerpo y de cuanto en él acontece*". En esta frase, aparentemente lógica, se acumulan diversas falsedades. El verbo *tener* es adecuado cuando nos referimos a objetos: trajes, casas, fincas, libros... No lo es si se lo aplica al cuerpo humano, que ostenta un modo de realidad muy superior a la de los objetos. Ni la mujer ni el varón *tienen cuerpo; son corpóreos*. Y no se diga que es lo mismo, porque hay un abismo entre ambas expresiones. Tal vez por baruntar que esa frase está pulverizada por la Antropología filosofía más lúcida desde hace casi un siglo, el ministro agregó astutamente un término "*talismán-libertad*", bien seguro de que, al movilizarlo, millones de personas le prestarían una adhesión servil, por miedo a ser considerados como enemigos de la libertad y, por tanto, poco demócratas (palabra hoy día talismán por hallarse en vecindad con libertad). Basta someter esta palabra a un mínimo análisis y distinguir la "*libertad de maniobra*" -la capacidad de tomar en cada momento la decisión que uno quiera- de la "*libertad creativa*" -la capacidad de orientar la propia vida hacia su plenitud- para descubrir la inmensa oquedad del razonamiento que se nos ofrecía en dicha frase. Nadie que sepa pensar con un mínimo rigor afirmará que es verdaderamente libre -es decir, libre con *libertad creativa*- el que *dispone arbitrariamente* de una vida en germen. Así podrían ponerse mil ejemplos de pensamiento no riguroso.

I.R.: ¿Es nueva esta desorientación espiritual?

A.L.Q.: Los fallos en el pensar vienen de

antiguo, y no han hecho actualmente sino incrementarse, ya que los medios de comunicación colaboran a difundir los malos hábitos. Por otra parte, en los centros escolares no se dedica un tiempo y un esfuerzo especial a enseñar a pensar bien, ya que suele darse por supuesto que, al recibir información sobre diversas áreas de conocimiento, se aprende automáticamente a pensar. Esto es un error de graves consecuencias, pues pensar de forma aquilatada es un arte, y éste debe ser aprendido con un método adecuado.

I.R.: Si nos esforzamos por pensar de forma adecuada a las realidades que son objeto de atención, ¿qué deberíamos entender por *cultura*?

A.L.Q.: Con frecuencia, se considera como cultura todo cuanto el ser humano realiza en el campo de la ciencia, el arte, la literatura, la gastronomía, la guerra... Esas realizaciones humanas pueden estar encaminadas a fomentar la armonía y la felicidad entre las gentes o bien el conflicto y la desdicha. Por eso se habla de "cultura de la vida" y "cultura de la muerte". Pienso que deberíamos reservar el nombre de *cultura* -término procedente del verbo latino *colere*, cultivar- para las actividades que fomentan el desarrollo pleno del ser humano. Las que provocan el envilecimiento o la destrucción de la vida auténtica, que es vida de encuentro, podrán ser consideradas como algo "civilizado", pero no "culto", en sentido estricto. Por eso, la expresión "cultura de la muerte" encierra una contradicción en sus mismos términos. Al terminar la Primera Guerra Mundial (1914-1918), los europeos se preguntaron, angustiados, cómo fue posible que la culta Europa se hubiera desgarrado hasta tal extremo. El genial pensador austriaco Ferdinand Ebner se apresuró a indicar que esa hecatombe se debió al hecho de que buena parte de la llamada *cultura* no fue sino un mero *soñar con el espíritu*, no una verdadera *creación de vida espiritual*, que es vida de encuentro, de enriquecimiento mutuo, de diálogo creador de vínculos personales.

I.R.: ¿Puede decirse que a más cultura, mayor responsabilidad ante los retos de la vida?

A.L.Q.: Depende de cómo entendamos la cultura. Una persona puede ser culta -en el sentido vulgar de que posee muchos conocimientos- y no orientar su vida hacia el auténtico ideal de la vida, que es crear modos elevados de unidad -es decir, de encuentro-. Al estar su vida mal orientada, carece de auténtica responsabilidad. Tener sentido una acción significa que está orientada hacia la meta marcada por la vocación más profunda de la persona que la realiza. Somos *responsables*, en primer lugar, cuando *respondemos a* la apelación de los grandes valores -y, sobre todo, al valor supremo, que es el ideal-, y, en segundo lugar, *respondemos de* las consecuencias que se siguen de tal respuesta.

I.R.: La creatividad es actualmente un término muy prestigiado pero se lo usa de forma un tanto borrosa.

A.L.Q.: Eso depende de la costumbre de moverse en niveles superficiales. Ser creativo significa, en el fondo, ser capaz de asumir las posibilidades que uno recibe del entorno y dar lugar a algo nuevo que encierra un valor. Una partitura me ofrece posibilidades de crear una obra musical. Si las asumo y doy vida a una obra, soy creativo. Pero lo mismo sucede si una persona me presenta un problema, yo movilizo mis capacidades y le ayudo a resolverlo. Una madre que amamanta a su niño con la debida ternura es eminentemente creativa pues está creando esa "urdimbre afectiva" que -según los biólogos- es indispensable para el desarrollo normal del bebé. Cuando una persona recibe posibilidades para actuar con sentido, actúa inspirada. Aprendo de memoria un poema, y lo recito con la emoción que suscita su valor. El poema me inspira en mi labor declamatoria. Pero la tarea de aprender el poema y penetrar en su esencia exige un esfuerzo. Esfuerzo e inspiración van unidos.

I.R.: Conseguir un método para convertir a cada profesor en un formador es la gran ilusión

de todos los diseñadores de los planes de enseñanza. Usted ha elaborado uno de esos métodos en su *Biblioteca del Educador* (Ed. Puerto de Palos, Buenos Aires 2006) ¿Puede explicarnos en qué consiste?

A.L.Q.: El problema de convertir a los profesores en verdaderos formadores de la personalidad de los alumnos intento resolverlo merced a la riqueza que encierra el concepto de *relación*, básico en todo el universo y, sobre todo, en la vida personal humana. Todas las áreas de conocimiento que destaquen la importancia de la relación en cualquier aspecto de la realidad o de la vida vegetal, animal o humana están contribuyendo, sin hablar directamente de valores y de formación, a la formación ética de los alumnos. Ciertas leyes de educación quisieron convertir a los profesores en formadores mediante el recurso de pedir a los profesores que hablen en clase de ciertos valores y aprovechen algunos aspectos de su área de conocimiento para resaltar su importancia. Este método no es adecuado. Toda área de conocimiento (Matemáticas, Ciencias Físicas, Música, Historia, Filosofía...) puede ser *por sí misma* una columna de la formación humana de los alumnos si el profesor destaca la importancia del concepto de relación, tal como lo explico en la obra *Enseñanza escolar y formación humana*, vol. V de la *Biblioteca del Educador*.

I.R.: Su método formativo quiere vincular la filosofía y la educación. ¿Es posible y fecunda esta colaboración?

A.L.Q.: En grado sumo. La filosofía nos muestra la grandeza de la verdad. Mi método cree en la fuerza de la verdad. No intenta arrastrar a nadie, sino ayudar a las gentes a acercarse al área de irradiación de los valores. El resto lo hacen los valores mismos, que no sólo existen, sino que se "hacen valer". Pensar con rigor y ser creativos en la vida son dos valores eminentes. Mi método se esfuerza por ayudar a conseguir ambos valores de forma sugerente. A medida que las personas se adaptan a este método, observan que son más libres interiormente, más

lúcidas en el pensar y razonar, más sensatas en el elegir, más sensibles para el arte, la literatura y el cine de calidad; en una palabra, más felices.

I.R.: Su manifiesta predilección por la filosofía dialógica, ¿podría decirse que fue la puerta de entrada a su propuesta para formar en valores y pensamiento creativo, sin duda una metodología puesta al servicio de los graves conflictos que afectan hoy a las personas?

A.L.Q.: Ciertamente. Desde mi tesis doctoral, publicada en 1963 con el título de *Metodología de lo suprasensible*, mostré gran interés por el pensamiento *relacional*, que es la dorada vía media entre el objetivismo y el subjetivismo relativista. Durante mis años de estudio en Alemania y Austria, conocí el pensamiento dialógico de Ferdinand Ebner y me interesó sobremanera su vinculación decidida de la relación, la palabra, el silencio, el surgir del sentido y de la vida espiritual. El interés por ese pensamiento dialógico me llevó luego a Karl Heim, Gabriel Marcel, Romano Guardini y Karl Jaspers. Buena parte de mis obras tienen como propósito básico expresar de la forma más precisa posible realidades y acontecimientos de la vida humana que son en sí ambiguos y, al parecer, inasibles. De ahí la elaboración de una teoría de los "ámbitos" y de los "niveles de realidad y de conducta", que, a mi entender, arroja mucha luz sobre las posibilidades creativas que se nos abren en la vida cotidiana -por sencilla que sea- y la capacidad consiguiente que tenemos de elevarnos a un plano de excelencia.